

UN ARCO TEMPORAL

JUAN PEDRO CASTAÑEDA



Porque creo que algo me aclararon, voy a empezar hablando de algunas dificultades con las que me encontré cuando me puse frente a *Asomarse al olvido*, la antología poética de Sergio Domínguez que han editado Baile del Sol y el Cabildo de Tenerife. La primera de estas dificultades me la proporcionó el hermoso pero en apariencia engañoso título. Yo suponía que si uno se asoma al olvido es para ver o atisbar rastros de la memoria, entendida ésta como el depósito de un pasado más o menos lejano. Así que comencé a leer como si el tipo de memoria del que hablo tuviera un papel fundamental en el desarrollo de estos poemas enigmáticos. Luego leí algo relacionado con el amor y me dije: los poemas de Sergio Domínguez son rememoraciones amorosas. Seguí leyendo y las cosas no me cuadraban. Restos de la memoria sólo aparecían de vez en cuando, igual que los éxtasis o los abandonos producidos por la presencia o la ausencia de la amada.

El caso es que entre más leía o releía más me interesaban estos poemas, aunque no acabara de ver qué elementos los componían ni qué expresaban. No me quedó más remedio que intentar encuadrarlos, en cierto modo clasificarlos, que es una forma simple de entender. Lo que sigue pretende ser una narración de ese intento.

La poesía puede ser una creación de alguien que piensa que está cerca de la divinidad. Puede ser que el poeta crea que algún dios le dicta un par de palabras puras y misteriosas que luego tienen que ser descifradas por los creyentes o los exegetas. Suele ser ésta una poesía alejada de la realidad tangible, siempre

en busca de la esencia o la nada. También hay poetas, a los que podríamos llamar objetuales, que piensan que las palabras son más importantes que las ideas o los sentimientos que sugieren o expresan. Para éstos el poema es un objeto verbal. También hay poetas épicos que se proponen dar cuenta de algunos hechos de los hombres o de las sociedades, por lo general mitológicos o en todo caso no relacionados con el yo. A éstas estirpes no pertenece Sergio Domínguez.

Por otra parte, existen poetas de la Naturaleza, bien porque la invocan o la describen, o porque en sus poemas utilizan recursos naturales —mar, ríos, pájaros, rosas, etc—. A esta estirpe tampoco pertenece *Asomarse al olvido*, pero ya nos vamos aproximando a lo que el libro contiene. En algunos momentos Sergio Domínguez utiliza recursos de este tipo, casi siempre pasados por su subjetividad o sus intenciones. Así, en la página 55 podemos leer: “Observo la lámina delgada de la luz/ que el sol extiende hasta lo oscuro:/ rocas densas con perfiles de nadie”.

Dentro de un apartado próximo al anterior podríamos hablar de los poetas de la Cultura. Son los que aluden a los mitos clásicos o a la velocidad del mundo moderno de forma parecida a como los anteriores nombran a las rosas. Se valen de los recursos de la sociedad como otros se valen de los pájaros. Sergio Domínguez tiene algo de poeta cultural, puesto que utiliza este tipo de recursos cuando no alude directamente a ellos. Así, en la página 52, en un poema sobre las desgracias del mercado y la industria, escribe: “Capta el iris absorto/ el trazo de los días/ como en un cinematógrafo:/ aquí un ser recoge ostras/ allá intenta el hachero desolar/ la selva...”

Luego están los poetas de la memoria. Éstos no se refieren de forma directa a la realidad natural ni a la cultural, invocan a la una o a la otra a través del recuerdo, de las nieblas. Las cosas y las atmósferas aparecen en sus poemas en forma de esbozos rescatados. Pues bien, aunque el título parece indicarnos que en el centro de esta estirpe se sitúa la poesía de Sergio Domínguez, yo creo que, tal como dije antes, eso no es exactamente así, aunque no voy a negar que fragmentos de su vida lejana asoman en sus poemas.

También podríamos hablar de una poesía sentimental, y de su prima hermana, la de la experiencia, en la que el poeta vierte sus sentimientos o sus pasos. Podríamos convenir en que algo de este tipo de poesía impregna, al menos en una pequeña parte, a la mayoría de los poetas. Sergio Domínguez no es una excepción. No es

estrictamente hablando un poeta de sentimientos pero algunos de sus sentimientos y sus pasos se cuelan en sus versos.

Finalmente, vamos a aludir a la poesía como conocimiento. Aquí llegamos a donde queríamos ir. Pienso que Sergio Domínguez es, en principio, un poeta ecléctico, alguien que transita por los sentimientos, por la naturaleza, por la sociedad, por la geografía y el origen, por la memoria y el tiempo... pero, sobre todo, es un poeta del conocimiento; de un conocimiento no racional ni tampoco revelado, sino de un conocimiento intuitivo, ese que busca y se revela en el poema y que tiene como asunto los pasos terrestres del hombre; para decirlo parafraseando a nuestro autor, se trata de un conocimiento que no pretende la luz misma sino acaso el párpado avizor.

A este respecto, conviene señalar que Sergio Domínguez es consciente del tipo de poeta que es. Sabe, y nos los deja dicho en la página 46, que ha de permanecer atento y activo, no para que lo ilumine el cielo sino para intentar comprender las figuras veloces “que se empujan y aprietan/ a cada lado de los ojos”. Luego acepta el estupor que conlleva el conocimiento intuitivo, no la visión serena o muy desesperada que provoca lo revelado. Es decir, al final de la indagación guiada por el ansia, no encuentra el resplandor —como les pasa a los poetas de la primera estirpe— sino atisbos o destellos, y la certeza de que el conocimiento no es cosa de la divinidad sino una tarea humana. Página 54: “No pretendo la luz misma/ —si acaso el párpado avizor/ de su oficio—/ esta ánfora oculta...”.

Ahora bien, si Sergio Domínguez va tras el conocimiento, en el sentido en que señala el poema citado, ¿qué busca atisbar? Las constantes preguntas y las esporádicas iluminaciones de estos poemas se refieren a la memoria, a la sociedad, la cotidianidad, el origen, las islas... Y yo creo que, sobre todo, al amor y al tiempo.

Sergio Domínguez no se acerca al amor a través del subjetivo éxtasis producido por el milagro o por la contemplación de la amada; tampoco se acerca a las lágrimas producidas porque se apague tal sentimiento o por el abandono de ella. Lo que hace es explorar algunos factores que tal sentimiento provoca, no en el alma del yo sino en el corazón de los hombres. Lo mismo puede asombrarse (“y cáeme aquí/ en la boca/ tu pezón alzado/ redondo/ intemporal”) que se lamenta ante la inercia de ella; lo mismo anhela la pureza del amor que señala que este sentimiento es también una búsqueda (“Hábil

grulla mis manos: hurgo./ Acabo con sudor/... Haragán por el frío que jamás existió/ quiebro la ahíta charla de los poros”).

Algo parecido y a la vez diferente podemos decir del tiempo, a mi modo de ver el asunto más complejo del libro. Creo que puede hablarse del parecido si señalamos que tampoco lo aborda desde una perspectiva individual, si señalamos que *Asomarse al olvido* no se detiene ante la nostalgia o ante el dolor que causa el paso del tiempo. Es por fuerza diferente al amor porque el tiempo no es un sentimiento sino el referente o el concepto que enmarca a los fenómenos. Desde este punto de vista, aparece constantemente en *Asomarse al olvido*, como en el 90% de los poemas.

Si traemos aquí el problema del tiempo no es sólo porque aparezca en los poemas de Sergio Domínguez Jaén, lo traemos porque creo que en dichos poemas se produce un interesante desplazamiento desde el tiempo fenoménico al tiempo vital recordado, y desde éste al cíclico. Al principio del libro el tiempo es el factor que encuadra a los fenómenos, incluyendo a los pocos que tienen que ver con la memoria lejana; aunque ya desde los primeros poemas se nos insinúa que estamos ante algo que se repite, ante algo que ha sucedido y que el poeta recuerda como si reviviera el instante: “Hoy una vez más he vuelto a gritar como en una situación desesperada” (pág. 37) o “Regreso con historias de mar y gaviotas/ a la contienda de la luz lejana” (pág. 55) o “Recobro el perfil/ de tu cuerpo/ que aún gotea dedos” (pág. 68), etc.

Podríamos seguir con ejemplos de este tipo, pero bástenos los tres citados para señalar que a partir de ahí comenzamos a entender el título. El olvido o la memoria no se ancla en un tiempo nostálgico y remoto, se refiere al residuo que queda meses o instantes después de que se produzcan los fenómenos. Es como si los poemas abarcaran un arco temporal, uno de cuyos extremos se encuentra en el fenómeno recordado mientras que el otro llega hasta la recordación. Vale decir: el poeta recorre el arco temporal que va del olvido al poema, el cual le permite asomarse a unos actos que de otro modo se perderían para siempre. Creo que Sergio Domínguez dice lo que yo no hago más que repetir, y que lo dice de la manera más sucinta y hermosa en la página 103: “Cuando ya lo pasado/ resplandece/ (alguien hay que/ pospone tu muerte)”.

Luego, a medida que avanza el libro, a medida que el autor crece o envejece, el tiempo pasa a gobernar ciertos ciclos de la desilusión: “Amanecer/ era despertar a un/ día muerto” o “Decidir seguir/ viviendo el día/ de ayer/ como si hoy fuera/ el mismo rito cíclico”. De este modo desemboca en el sumidero de la muerte. Citas del vacío y la muerte se suceden a partir de la página 98: “empecé a morir un poco/ como hace años que moría por tí” o “La vida brota/ olvidando el labio especular/ de la muerte/ ¿ante quién te rehaces?/... ¿desde qué origen edificas el día?”. Ahora bien, el poeta que no sólo se extasía ante el amor no sólo se acongoja ante la muerte, la aborda desde una y otra perspectiva, se pregunta qué es, por qué se da, a dónde conduce.

Finalmente voy a aludir a una característica de esta poesía que a mí me parece destacable y definitoria. Me refiero al ritmo, a la disposición de las palabras y a la medida del verso. Es posible que la poesía “musical”, aquella en la que la sonoridad y el ritmo son muy marcados, pueda acarrear un “adormecimiento”. Es posible que en ese caso “la música” dificulte la comprensión. La poesía de Sergio Domínguez evita el ritmo adormecedor. Continuamente introduce disonancias sonoras y léxicas, yo creo incluso que quiebros del sentido. Y creo que eso es coherente con mi interpretación de que ésta es una poesía del conocimiento. Si de lo que se trata es de indagar, no de extasiarnos con lo conocido, hemos de tener los ojos abiertos y la mente despierta. Unas palabras no pueden estar junto a otras según una lógica y un ritmo previstos. Creo que las constantes arritmias de que hablo cumplen ese objetivo. Y creo que también cumplen una función: la de hacer que se destaquen, dentro de la aleatoriedad de los sonidos, ciertas frases hermosas y profundas, de las que, por otra parte, y valgan los ejemplos señalados, está lleno este libro complejo y enigmático.